

EL LIBRO DEL LEON

106

ELIZABETH DALY



COLECCION

Rastros

Debería ser un trabajo bastante rutinario para Henry Gamadge: examinar los papeles de un poeta y dramaturgo muerto con algunas promesas iniciales pero poco éxito comercial. Pero no es tanto la vida y las letras como la muerte del autor (asesinado en Central Park) lo que le interesa a Gamadge. Agregue un testigo muerto y el extraño comportamiento de la familia, y Gamadge decide que algo criminal está en marcha.

CAPÍTULO I

SONÓ la campanilla del teléfono y Gamadge tendió el brazo sobre la carpeta de su escritorio —y sobre su gato amarillo llamado Martin— para levantar el auricular. Martin, que dormitaba tendido sobre un costado, ni abrió los ojos. No prestaba atención a la campanilla del teléfono. Era tan viejo que nada ni nadie lograba molestarle.

Cuando Gamadge volvió a reclinarsse en su sillón giratorio, teléfono en mano, Martin despertó a medias y aferró una manga de su amo con una de sus garras. Al alejarse la manga, se soltó la zarpa y cayó sobre el escritorio.

—Quédate tranquilo —le dijo Gamadge, y acercó los labios al transmisor—. Habla Gamadge.

Él también sentíase algo adormilado. Había estudiado antiguos catálogos literarios, trabajo bastante monótono. Tampoco había nada a su alrededor que lo mantuviera despierto: la tranquilidad de su oficina, el fuego que ardía en el hogar, el golpeteo incesante de la lluvia sobre los cristales. Era el lunes 5 de mayo de 1947, y hasta entonces la primavera se había presentado húmeda y fría.

Una voz femenina, procedente del otro extremo de la línea, lo volvió a la realidad.

—¿Habla Henry Gamadge?

—Sí.

—Un momento, por favor.

Gamadge se acomodó mejor en su sillón, estirando las piernas y con los ojos perdidos en el vacío.

Otra voz femenina, clara y refinada, se dejó oír a poco.

—¿Henry Gamadge?

—Aquí estoy.

—Un momento, por favor.

Gamadge se fastidió. Como no le agradaba hacer lo mismo a otras personas, no le agradaba que se lo hicieran a él.

—Aquí estaré cuando me necesite —dijo; tendió el brazo por sobre Martin y puso el teléfono sobre la horquilla. El gato, abriendo a medias los ojos, levantó una zarpa, decidió que era demasiado el esfuerzo, y volvió a dejarla caer.

Gamadge continuó apoyado sobre el escritorio, estudiando un catálogo y con el lápiz listo en la mano. Volvió a llamar el teléfono.

—¿El señor Gamadge?

—Todavía estoy aquí.

—Se cortó la comunicación.

—Es una lástima.

—Le hablo en nombre de Avery Bradlock, de la firma Ferris, Bradlock & Charles, corredores de bolsa.

La antigua y honorable firma no sólo había capeado todos los temporales financieros del pasado, sino que también dio la impresión de ignorarlos.

Gamadge dijo:

—¡Ah, sí!

—El señor Bradlock tendría mucho gusto en concertar una cita con usted para que viniera a verlo, señor Gamadge. Mañana, si es posible. A menos que pudiera venir hoy. Tenemos una oficina en Wall Street.

—¿Para qué desea verme Bradlock?

La voz replicó con frialdad:

—El señor Bradlock se lo dirá.

—¿Usted no lo sabe?

—Por supuesto que no.

—No soy un cliente. ¿Quiere averiguar si Bradlock desea una consulta profesional?

—Así es, por supuesto.

—Pues..., en tal caso, yo también tengo una oficina.

Se hizo un breve silencio.

—Y un laboratorio, ¿sabe? —continuó él—. Es mucho más conveniente que los clientes vengan aquí. No es lógico apartar al dentista de su torno, ¿verdad?

—¿Cómo dice?

Gamadge decidió no insistir sobre el punto. Con la mano libre encendió un fósforo y, sosteniéndolo con dos dedos, logró llevarse un cigarrillo a la boca y encenderlo.

Al cabo de un momento la voz anunció:

—Le comunicaré con el señor Bradlock.

—Muy bien.

Gamadge puso el fósforo en un cenicero, recogió su lápiz y rascó con él la cabeza de Martin. El gato comenzó a ronronear. Al cabo de un minuto se dejó oír una voz masculina muy agradable, pero con un dejo autoritario propio del que acostumbra dar órdenes. Se notaba en ella cierta perplejidad.

—Habla Avery Bradlock, señor Gamadge.

—Sí, señor Bradlock. ¿En qué puedo serle útil?

—Tenía la impresión... Acabo de almorzar con uno de mis clientes, muy amigo mío, y en el curso de la conversación me dijo... Creo haberle entendido que se dedicaba usted a tasar libros y manuscritos para comprarlos o disponer de su venta. Parece que apareció un artículo suyo en la *University Review*...

—Comprendo a qué se debe el error, señor Bradlock. Es fácil que mi artículo haya dado una impresión errónea. Empero, no me dedico a traficar con manuscritos o libros, y no estoy autorizado para tasar bibliotecas.

—¿No?

Bradlock se mostraba tan incrédulo que Gamadge rompió a reír.

—Sé que esa gente no siempre admite cuál es su profesión, pero esta vez le aseguro que así es. Cualquier persona relacionada con estos asuntos se lo confirmará.

—Debo confesar que no sé nada al respecto, señor Gamadge. Soy tan ignorante en esas cosas que, como ve, no sé cómo tratarlo.

Al terminar de decir estas palabras él también rompió a reír.

—La gente no me pide que examine libros o manuscritos, a menos que piensen que hay algo sospechoso en ellos —manifestó Gamadge—. Es por eso que tengo un laboratorio... para analizarlos.

—Pero debe conocer a fondo el tema, y ese artículo suyo... Mi amigo se mostró muy bien impresionado. Me dijo que usted sería la persona indicada.

—¿La persona indicada para qué, señor Bradlock?

—Para examinar los papeles de mi hermano; es decir, a menos que... Tal vez usted podría aclararme el punto; mi amigo afirma conocer un caso en que la correspondencia de una persona célebre fue vendida a ciegas por mil dólares a un coleccionista. ¿Es posible tal cosa?

—Podría ser. No sería nada extraordinario si la correspondencia ofreciera posibilidades de resultar muy interesante o tener importancia histórica o algo por el estilo.

—Parece increíble.

—Le diré, el comprador de una Colección así tendría una idea aproximada de lo que adquiere —manifestó Gamadge, preguntando luego, lleno de curiosidad—: ¿Dijo que esos papeles eran de su hermano, señor Bradlock?

—Sí, de Paul Bradlock.

Asombrado, Gamadge se irguió en el sillón. Nunca sospechó que Paul Bradlock estuviera relacionado con Avery Bradlock, el corredor de bolsa; pero, claro está, tampoco supo nada respecto a este último, y muy poco acerca del difunto Paul. Y había estado en Europa dos años atrás, cuando falleció el literato. Pero el parentesco le resultaba casi inadmisibles. Al cabo de una pausa inquirió:

—¿Está en venta la correspondencia de su hermano, señor Bradlock?

—Le diré, pertenece a la esposa de Paul, y si pudiéramos conseguir mil dólares por las cartas, tendríamos mucho gusto en venderlas. ¿Pero es posible esa venta?... Naturalmente, supongo que mi cuñada estaría de acuerdo. Tengo entendido... —Titubeó un instante y agregó—: Mi amigo supone que esas cartas no podrían publicarse sin el consentimiento de los firmantes.

—Así es, en efecto.

—Claro que en ello reside toda la posibilidad de la venta. Tenía pensado vendérselas a un coleccionista por intermedio de algún comerciante del ramo, una vez que un experto en la materia las haya examinado y nos dé su fallo en cuanto a su valor. Temí que no valdrían mucho. Mi amigo dice que los autógrafos modernos no rinden mucho dinero. Pero podríamos vender toda la correspondencia... ¿Cree que sería posible, señor Gamadge?

—No me atrevería a opinar —repuso Gamadge—. Todo es cuestión de encontrar al comprador. Pero si la colección está intacta... —Recordando lo poco que sabía acerca de la obra y la muerte de Paul Bradlock, Gamadge continuó con cautela—: La gente se interesa mucho en la vida de los literatos. No me sorprendería que alguien quisiera pagar mil dólares por las cartas.

—Mi cuñada ha visto los papeles —expresó Bradlock—. Los empleó para escribir una biografía de mi hermano que se publicó hace poco. Es una mujer muy inteligente. Pero el libro no le dio ganancia... A decir verdad, fue un fracaso financiero. El editor afirmó que tal cosa era lo normal.

Rio al decir esto.

—Pues opino que se habría vendido bien, aunque nunca puede predecirse lo que ocurrirá con un libro hasta que se publica —repuso Gamadge, reflexionando que las biografías podían ser pesadas, fuera quien fuese la personalidad de que trataban.

—A nosotros nos agradó —dijo Bradlock, con cierta sequedad—. Fue un trabajo apresurado, por supuesto; pero

no quisimos que lo hicieran otros. Consultamos a sus editores, los que publicaron la única obra teatral que escribiera últimamente, y el señor Meriden se mostró muy amable. Publicó el libro sin pérdida de tiempo, y nos advirtió que no..., pero dejemos eso. Lo importante es que mi cuñada reciba todo el dinero que vale su propiedad. No sé nada de esas cosas; pero hoy, cuando mi amigo me habló de usted durante el almuerzo, creí que había encontrado a la persona indicada para que examinara las cartas.

Al cabo de un momento, Gamadge respondió:

—Podría darle una idea del precio a pedirse por ellas. No creo que se me escaparía nada de especial valor. No se trata de las cartas escritas por su hermano, ¿verdad? ¿O consiguió su esposa reunir un número considerable de ellas para su libro? Y, en tal caso, ¿les permitirán los propietarios que las venda?

—No sé si tiene algunas de Paul. No las empleó para el libro. Jamás he visto la colección, pues no entiendo de esas cosas. Me alegro mucho de que esté dispuesto a examinarlas, señor Gamadge. Estoy seguro de que podemos confiar en su habilidad. Como es natural, debo consultar a Vera, y le hablaré tan pronto llegue a casa. Como le dije, jamás sospeché que esos papeles tuvieran ningún valor hasta que Williamson me lo sugirió hoy.

—No tomaría el encargo como profesional, señor Bradlock, pues no estoy autorizado para hacer tasaciones. Sólo le daré mi opinión, que luego deberá usted confirmar.

—¡Imposible! —protestó Bradlock, ofendido su instinto de hombre de negocios.

—No debo presentarme como lo que no soy. *Usted* debe comprender mi punto de vista, señor Bradlock.

Gamadge imaginó la reacción de su interlocutor ante su comparación; se hizo cargo de ella al oír el tono del otro cuando replicó:

—Los que se dedican a su trabajo no parecen verse obligados a ajustarse a normas muy estrictas. ¿O es usted

una excepción, señor Gamadge?

—No lo creo. Si su cuñada quiere enviarme las cartas, las revisaré durante mi tiempo libre. ¿Es muy grande la colección?

—En realidad, no lo sé. No las he visto. Me dio a entender que había muchas cuando se propuso escribir la biografía de mi hermano. Le agradezco su atención, señor Gamadge. La consultaré. —Bradlock vaciló un momento y agregó—: ¿No sería más conveniente que las examinara usted en la casa? Así podría consultar con ella. Es posible que mi cuñada lo prefiera. Vive muy cerca de nosotros, en un estudio anexo a la trasera de nuestra casa. Ella y mi hermano se instalaron allí cuando regresaron de París en 1930. Estaría usted muy cómodo y tranquilo.

Gamadge pensó que tenía derecho a dictar condiciones.

—Creo que no —repuso—. Es posible que sea un trabajo prolongado. Si está conforme con que yo examine la correspondencia, creo que sería mejor si me la enviara.

—Bien, la consultaré. Estoy seguro de que le agrada la idea. Pero su tiempo es valioso y debo insistir... Debe haber algún medio de vencer sus escrúpulos, señor Gamadge.

Gamadge rio.

—A la gente le interesa siempre la correspondencia literaria, señor Bradlock. Digamos que me consideraré bien pagado con tener el privilegio de ser el primero en examinar los papeles de Paul Bradlock.

—Bien... —de nuevo se notó cierta sequedad en el tono de Bradlock—, algo hay de verdad en eso. Muy agradecido. Lo llamaré de nuevo.

Gamadge devolvió el teléfono a su lugar. En junio de 1945, fecha en que falleciera Paul Bradlock, él y el resto del mundo estaban interesados en otras cosas más importantes que la muerte de un poeta y autor teatral, por más sensacional que hubiera sido su fallecimiento. Así pues, no

prestó atención a los artículos periodísticos al respecto. ¿Qué sabía? Que Paul Bradlock poseía un don especial para emplear palabras raras, había escrito poco durante muchos años y que no se cumplió el destino que prometiera su juventud. Era un hombre de la década de 1920 a 1930, cuya inspiración pareció morir cuando salió de París con los otros exilados después de la crisis de 1929..., y había fallecido en forma violenta. ¿Fue un asalto? ¿Una pelea de borrachos? Gamadge creyó recordar que en sus últimos años Paul Bradlock se había entregado a la bebida.

Pero hubo una obra teatral que tuvo cierto éxito. Era demasiado macabra para el gusto del público común.

Gamadge telefoneó a una librería, enterándose que disponían de la *Vida de Paul Bradlock*, pero que la obra teatral estaba agotada.

Llamó entonces a Theodore, su viejo sirviente negro, y le pidió que tomase un taxi y llevara una nota a la librería. Cuando el anciano se hubo retirado refunfuñando, Gamadge volvió a dedicarse a su trabajo. Crepitaban los leños del hogar; Martin se estiró y bostezó. En cierta oportunidad se abrieron un poco las puertas plegadizas y se asomó una criatura muy abrigada que saludó con la mano a su padre. Este le respondió de la misma manera. Un brazo cubierto por una manga blanca y almidonada se llevó a la criatura hacia el vestíbulo. Gamadge miró por la ventana de la izquierda y se hizo cargo de que había cesado la lluvia y el cielo comenzaba a despejarse.

El reloj indicaba las tres cuando regresó Theodore con un paquetito. Era un libro de buen aspecto y bien encuadernado, de buen papel y tipo muy legible. *Paul Bradlock*, por Vera Bradlock.

Gamadge inició la lectura en seguida. Paul Bradlock había nacido en 1899; fue un niño de inteligencia precoz; se trasladó a París a comienzos de 1923 para dedicarse a la literatura; había escrito poemas y publicó un volumen de versos titulado *Espiraes* que formó parte de la revolución

literaria de aquella época. Evidentemente, el poeta estaba entre los primeros vanguardistas de su época... Había varias citas.

En París contrajo matrimonio con Vera Larkin, otra expatriada. Se relataba con lujo de detalles la vida de café en la ribera izquierda del Sena. Nada que no se pudiera encontrar en otra parte, aunque mejor presentado, pues las personalidades y anécdotas ya eran de propiedad común, y si Paul Bradlock tuvo una vida privada entre sus amigos, la biografía no la mencionaba.

Había sido encantador, de espíritu elevado y muy culto, según afirmaba su esposa, y cuando se vio obligado a retornar a la patria a causa de los trastornos financieros de 1930, se ajustó a su nuevo ambiente abandonando su musa y dedicándose a escribir obras teatrales. Una de ellas: *La salida*, se presentó en Nueva York durante un breve período en el año 1937, y más tarde fue publicada en forma de libro. Recibió buenos comentarios de los críticos, según la señora Bradlock; pero —leyendo entre líneas— Gamadge se hizo cargo de que había sido muy rara para que durara mucho en cartel. Recordó vagamente haber oído decir que se volvió a representar después de la muerte del autor.

Según su esposa, Paul Bradlock se sintió completamente abatido durante la guerra, y no recobró el ánimo para la fecha en que encontró lo que ella describía parcamente como su trágica muerte. Al final se presentaba una especie de resumen: Paul Bradlock era una de esas almas condenadas, por su temperamento, al fracaso y a la desesperación. Faltaban todos los detalles que podrían haber hecho de la biografía un relato interesante, y se habían suprimido todos los que pudieran presentarlo como un tipo único. A juzgar por el libro, jamás tuvo amigos; aun su esposa parecía una figura vaga, como si la autora trazara sus rasgos copiándolos de una imagen en un espejo empañado.

Su tentativa de hacer un examen crítico de sus obras no tenía valor alguno, y probablemente lo tomó de las des-

cripciones contemporáneas del «movimiento literario» de París, y de comentarios periodísticos. El estilo del libro no era malo; evidentemente, Vera Bradlock poseía cultura. Pero había escrito un relato aburrido e insulso acerca de un hombre que merecía de ella algo mejor, aunque en realidad ensalzaba en demasía su talento y quizá su carácter.

No era extraño que los editores, Meriden y Compañía, hubieran advertido a los Bradlock que ese manifiesto familiar no tendría éxito de librería.

Gamadge levantó el teléfono para llamar a su amigo Malcolm.

—¿Dave? Oye, tú eres poeta y viviste en Francia. ¿Sabes algo respecto a Paul Bradlock?... Ya sé que perteneces a otra generación y eres mucho más joven; probablemente llegaste a París después que se fue. Pero creí que tal vez... Así que era sólo una memoria vaga, ¿eh? Bien, ven y cuéntame lo que recuerdas. ¿Y sabes si su libro de poemas se publicó alguna vez en este país?... ¿No? No importa entonces... ¡Ah!, ¿viste la obra? Espléndido. Ven y trae a Ena.

Malcolm replicó que su esposa no estaba en casa; pero que iría él tan pronto como hubiera escrito su artículo. El joven estaba empleado en la redacción de una revista.

Cuando Gamadge colgó el tubo, oyó que sonaba el timbre de la puerta. Martin, siempre interesado en las novedades, dio un respingo y levantó la cabeza.

Como la familia no disponía de una sala de recibo en la planta baja, en circunstancias como la que se presentaba, Gamadge tenía la costumbre de retirarse a su laboratorio hasta que fuera Theodore a decirle si el visitante lo buscaba a él, y, en tal caso, comunicarle su identidad. Pero a esa hora de la tarde Gamadge no esperaba a nadie, de manera que no se movió. Al cabo de un momento Theodore abrió la puerta, lanzó a su amo una mirada de reproche, como quien ha cumplido en vano con su deber, y le ofreció una bandeja en la que reposaba una tarjeta. Una mujer alta y esbelta se hallaba detrás del criado.

A Gamadge no le quedó otra alternativa que avanzar para recibirla. La recién llegada dijo:

—Soy la esposa de Avery Bradlock. ¿Es usted Henry Gamadge?

—Sí, señora. Pase.

—Debí haber telefoneado, pero no creí poder arreglar el asunto de esa manera, de modo que tomé el auto y vine.

—Hizo muy bien.

Se retiró Theodore, cerrando la puerta tras de sí. Gamadge tomó el abrigo de pieles de la señora y lo depositó en el sofá, ofreciéndole luego uno de los cómodos sillones tapizados en cuero. Ella se quedó contemplándolo con expresión interesada.

—La verdad es, señor Gamadge, que mi esposo me telefoneó para pedirme que viniera a disculparme por él. Dice que cometió un error imperdonable.

CAPÍTULO II

—**L**E aseguro que no sé a qué error se refiere, señora Bradlock, y no necesito que nadie se disculpe —dijo Gamadge con una sonrisa—. Tome asiento y conversemos.

Se sentó frente a ella y sacó su cigarrera. Pero la mujer tenía ya en la mano una de oro que extrajo de su bolso. Él le encendió el cigarrillo. La dama miró a su alrededor, estudiando los libros y archivos, la cornisa moldeada y los grabados de la repisa de la chimenea y los bronceos antiguos que reposaban sobre ella. Gamadge aprovechó la oportunidad para estudiar a su visitante.

De unos cuarenta y dos años de edad, estaba muy bien vestida y arreglada. Su rostro no era animado; más bien resultaba algo insulso, pero era hermoso.

Tenía cabello castaño rojizo, ojos oscuros, una nariz respingada y labios delgados, pero de líneas correctas, Lucía muy poco maquillaje; su cutis era tan delicado que hubiera sido una pena ocultarlo.

Con voz inexpresiva ella dijo:

—¡Qué habitación tan encantadora! ¡Qué linda casita!

Se abrió en ese momento la puerta del laboratorio y Clara se asomó por la abertura. Había estado revelando instantáneas y tenía una en la mano. Vestía un guardapolvo de cuello alto y color celeste, y su cabello era una nube de color castaño alrededor de su rostro oval.

Sus ojos grises se fijaron en los de la señora Bradlock y dijo:

—Lo siento. No sabía que había un cliente.

Se retiró, entonces, cerrando la puerta.

—Parece una obra de arte del Renacimiento —comentó la señora Bradlock.

—Sí, pero sólo con ese guardapolvo —dijo Gamadge—. Debo decírselo a mi esposa.

—¡Ah!, ¿era su esposa?

—Un poco joven, ¿verdad?

—Se parece a un personaje de los antiguos maestros: un santo o un ángel.

—Le encantará el cumplido.

—Temo que me juzgará tan estúpida como lo fue el pobre Avery. Él lo comprendió así tan pronto como hubo conversado con usted durante un momento, y en seguida hizo algunas averiguaciones. Lo primero que descubrió —dijo la señora Bradlock con una sonrisa— es que usted pertenece a uno de sus mejores clubes.

—Me alegro de que sea uno de los mejores.

—Me refiero al que está detrás de esta casa; ese que no acepta socios nuevos. Y también asistió usted a su misma universidad..., y escribe... Y él lo hizo llamar con la telefonista y luego con la secretaria, y le ordenó que fuera a su oficina.

La dama miró a Gamadge con expresión de profundo pesar.

—Pero, señora Bradlock..., ¿por qué no? —dijo Gamadge, riendo de buena gana—. Ojalá tuviera algún negocio que tratar en la oficina de su esposo. ¡Cuánto me gustaría que alguien me brindara esa oportunidad!

—¿Se refería a inversiones de dinero? Él cree que a usted no le interesa en absoluto el dinero.

—Entonces debe creerme tonto. Pero debe comprender que aun en mi profesión nadie acepta dinero haciéndose pasar por lo que no es.

—Bueno, lo comprendo perfectamente, y es por eso que, está ansioso de que sea usted quien examine esas cartas.